



# A la sombra de un milagro

ELSA LÓPEZ

*Virgen de las Nieves (2015). JFA*

Creer o no creer. Parece lo más simple. «Es cuestión de fe», te dicen. O crees o no crees. Y bien. No es tan sencillo ni tan fácil. La creencia se deriva de las necesidades, no es una iluminación repentina que te derriba del caballo y te abre los ojos a la luz fulminante de una verdad cualquiera. Habría que partir de una búsqueda minuciosa para hallarla, si es que existe. Platón pensaba que sí; que la belleza, la bondad y todas las verdades absolutas prevalecían por sí mismas y que era nuestra capacidad de raciocinio la encargada de descubrirlas paso a paso hasta llegar a su esencia. No lo creo así. La antropología cultural nos muestra precisamente lo contrario: la idea de belleza en una determinada cultura no concuerda con la idea que tienen las demás, ni la idea de bondad podríamos asegurar que sea la misma para todos los grupos humanos. La relatividad es un des-

cubrimiento que nos aleja de las teorías universales y absolutas.

Mi concepto de Dios como ser único y universalmente reconocido en su esencia más pura, aún en el caso de llegar a ser lo más simple como podría ser la idea original de un ser omnipotente, principio y fin de todo lo que existe, sería un pensamiento irreconocible para algunas culturas panteístas en las que Dios es el todo y cada una de las cosas que viven a nuestro alrededor. Y llegado al punto de la exposición de un pensamiento puramente científico donde se defiende la idea de un universo en estado de alta densidad y temperatura que se expande debido a una explosión que inicia la vida del universo, no cabría la posibilidad de un reconocimiento universal de esa teoría defendida por sabios, investigado-

res y padres de la ciencia, que al mismo tiempo, es negada por sabios, investigadores y padres de la ciencia opuestos a la misma. La historia de la filosofía está llena de verdades y sus contrarios. Nada es perfecto en los postulados del conocimiento. Cada siglo propone una serie de teorías que los siglos posteriores desmienten y rechazan.

¿Por qué digo todo esto? Porque sólo hay una cosa que permanece inalterable: la fe. La fe, en lo que cada uno entiende, indica cuál es la verdad y, por lo tanto, ella mantiene a las sociedades en posturas parecidas, distintas o iguales, pero siempre dispuestas a determinar su propia historia y a contarla como les conviene a partir de esas creencias. Guerras, matanzas, uniones o enfrentamientos nos muestran la cara más triste de las creencias. Defenderlas es la razón de tantas muertes o de tantos triunfos según seamos ganadores o derrotados por ellas. Y no hablo sólo de religiones; hablo de creencias económicas o sociales; hablo de la historia de la humanidad, de sus flujos y reflujos. Y,

en medio de tanto rífrrafe, permanece latente una opción de vida, la otra cara de esas mismas creencias algo más optimista: creer en algo que nos impulse a vivir; que nos de fuerzas y esperanzas para renacer una vez y otra vez a pesar del miedo a la muerte o al dolor, porque es ahí donde comienza el verdadero origen de la fe: en el deseo ferviente de sobrevivir.

Cuando la religión nos ofrece un camino y nos garantiza la seguridad de un renacimiento en otra vida donde ya no existen males o sufrimientos, uno se acoge a esa propuesta. Cada religión tiene sus propias ofertas: paraísos, infiernos, juicios universales y toda suerte de mercedes o castigos que dan a nuestra vida un color diferente al que nos ofrece la realidad en la que vivimos. ¿Y quién se resiste a esas ofertas? Si no creemos, no podemos optar a tales beneficios. Y es entonces cuando uno se plantea qué hacer, a quién dirigirse, en quién confiar. Es en ese momento cuando escogemos. Ángeles, santos, mártires, apóstoles y vírgenes se nos ofrecen con total garantía. Y uno elige.

*Danza Infantil Coreada (1910). AGLP*

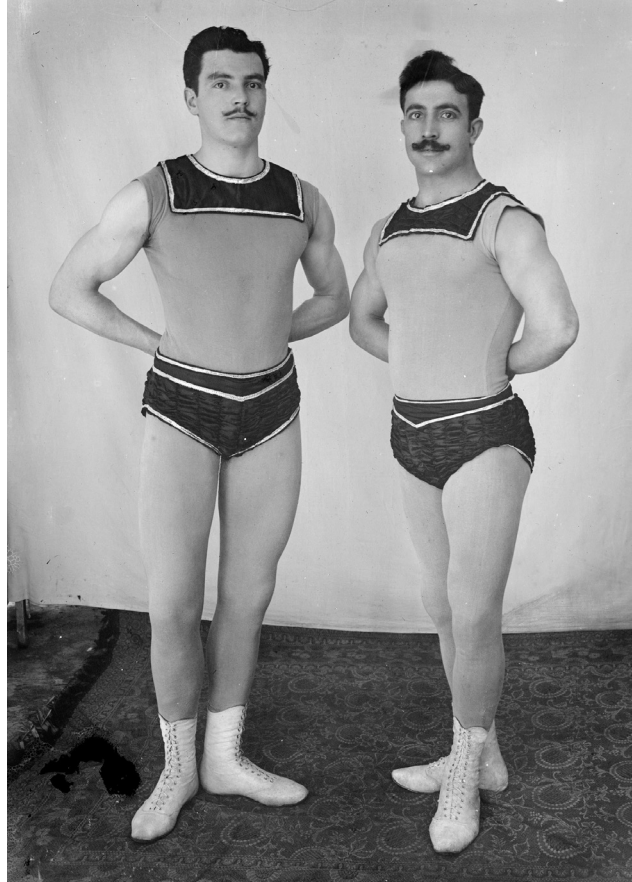






*Niños solistas de la Loa de Recibimiento (1920). AGLP*

En la isla de La Palma hay muchas ofertas entre vírgenes y santos, pero hay una que es única y en la que ponemos los ojos: la Virgen de las Nieves. Ella representa el bien por antonomasia, el poder de hacer milagros y la gracia de sus dones, que son muchos y variados. Ella, en una cadena de plegarias, es la que recibe las más encendidas y fervorosas peticiones, porque ella representa con total garantía la verdad de todas nuestras dudas. Ella es la creadora innegable de nuestras esperanzas. Y llegado a este punto, uno, como cualquier mortal, se plantea las dudas lógicas de quien titubea y carece del bien de la fe. No creo, y ahora, ¿qué hago? La respuesta nos la ofrece en bandeja esa imagen que representa todas nuestras venturas: Ella es la que me ayudará. Voy a verla y a pedirle favores. Ella me los concederá. Es tal la fuerza de esa convicción carente de fun-



*Componentes de la Danza de Acróbatas (1910). AGLP*

damento que muchos caen en sus brazos rendidos por la esperanza de que Ella sea real. Porque no cabe duda: la hemos hecho real en nuestro corazón desde niños; una fuerza interior nos ha empujado a sus brazos y a todo lo que Ella representa, y un día, cualquier día de nuestra vida, nos vemos camino de su iglesia con un ramo de flores en las manos y el corazón dando tumbos pensando en Ella y en su milagrosa protección.

He conocido a personas que no creían en Dios, pero sí en la Virgen de las Nieves. Gente que acudía a su templo a encender velas y a pedirle éxito en los exámenes de un hijo, salud para un padre enfermo, garantía de mejora en un negocio, suerte en una empresa... ¡Tantas cosas que serían infinitos los ejemplos! Sólo hay que visitar el santuario que lleva su nombre para ver los exvotos cargados de reconocimiento



*Pareja de Danzas Folclóricas (1955). AGLP*

por tantas cosas buenas que su gracia ha concedido a miles de oraciones y peticiones de índole diverso. Y están los regalos agradecidos a sus múltiples favores que rara vez vemos: joyas, ropa y parte de un ajuar lleno de riqueza y de gloria. Y está lo que nunca veremos: el amor, la gratitud y el reconocimiento a sus milagros. Todo eso está ahí, en la ternura de su rostro, en la precisión de su mirada, en el gesto maternal que adivinamos y necesitamos. Y es entonces cuando nos abandonamos en Ella y creemos en su fortaleza, que será la nuestra; en su valor, que será el nuestro. Es entonces, precisamente entonces, cuando nace la fe de la que creíamos caer.

Todo ello nos viene dado por la magia de su santuario, el contexto en que se encuentra; la vida que el lugar nos propone para mejorar nuestra salud interior.

Porque allí, en su santuario, ocurren cosas extraordinarias que pocos ven, pero suceden y conforman una cadena invisible que va atándonos lentamente: el olor, la luz en la techumbre, las flores, alguien que entra y se sienta cabizbajo por el peso de su melancolía; la música en el aire; las palabras hermosas del Evangelio que superan la magia y la poesía de muchos textos que presiden nuestras bibliotecas; alguien que llora; alguien que camina arrimado a las paredes y llega al altar y no se santigua ni reza ni pronuncia un solo sonido, pero al volverse descubre en su rostro la transformación; el gato que aparece y se sube al altar y se acomoda a los pies de la imagen o se acuesta en la cuna del niño en un nacimiento presidido por Ella, y uno, en su profunda inocencia, cree adivinar el gesto complaciente de la madre y la sonrisa del niño ante tamaña muestra de amor universal; etc., etc. No terminaría nunca de describir tanto milagro.

Quiero acabar señalando el camino a seguir para entender lo que significa ese extraño fenómeno de nuestra fe en Ella. Es dejarse llevar, dejar que penetre en nuestro corazón el repentino calor que provoca su presencia; la sensación de paz y armonía que nos cubre como un manto cálido en momentos de desesperación. Da igual su nombre. Da igual quién la represente. A pesar de no tener fe en la mayoría de las ideas que nos han propuesto a lo largo de nuestra vida, no nos cabe la menor duda de que será la imagen de su rostro, infantil y diminuto, la que nos acompañe en los momentos difíciles de nuestra vida. En nuestro pequeño imaginario colectivo, será Ella, la Virgen de las Nieves, la que aparecerá siempre. De rojo, de verde, de plata o nieve, la veremos en todo su esplendor dispuesta a protegernos en nuestra absoluta orfandad.